



Colaboración

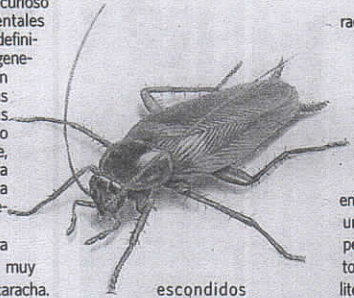
Una de esas tardes, estando cómodamente sentada y leyendo, observé que algo se movía entre las hojas...

Inés Benavente Garrido.  
Alumna

# Mi amiga Cuca

¿Por qué, nada más nombrar a ciertos animales, hay personas que, sin conocerlos ni poco ni mucho, dan un respingo y ponen un gesto de asco o de miedo? Es muy curioso observar en los documentales sobre la flora y la fauna –en definitiva, sobre la naturaleza en general–, las características tan curiosas que tienen y sus comportamientos. Sus aspectos pueden ser más o menos agradables al hombre, pero si se les conociera mejor, seguramente que a estas personas les desaparecerían esas fobias.

Sirva este preámbulo para escribir sobre un insecto muy curioso –como todos–: la cucaracha. Seguro que algún lector/ra, nada más descubrir a qué “bicho” se va a referir mi pequeño relato, dejará de seguir leyéndolo. Si no lo hace y llega hasta el final, es posible que a estos “bichejos” los vea de distinta forma y no con tanta aversión, repugnancia y miedo. Dicen de este protagonista: “Es asqueroso”. Y yo pregunto: ¿Por qué?. Se asientan en viviendas, almacenes, campos, etc.,



ocultos donde encuentran algún alimento con el que poder sobrevivir y sentirse a salvo de algún depredador humano que pudiera matarlos de un zapatazo.

Bueno, voy a comenzar con la historia de “mi” cucaracha. Normalmente, algunas tardes me siento en mi terraza a leer, a tomar el sol o el aire fresco. Tengo macetas, unas frondosas y otra algo

raquítica que no acaba de dar esas flores que tienen un característico perfume que tanto me gusta: me refiero a la dama de noche. Pues bien, una de esas tardes, estando cómodamente sentada y leyendo, observé que algo se movía entre las hojas de esa planta. Eran unas antenas y parte de una pequeña cabeza. En aquel momento no pude distinguir de qué animalito se trataba, si era un grillo, un escarabajo, una cucaracha o no sé qué. Fui a la cocina por un poco de pan y le puse unas miguitas porque quería que saliera para ver qué clase de “ocupa” era. Seguí con mi lectura y cuando me retiraba, vi que las migas no estaban, o sea, que se las había comido o llevado. En la siguiente ocasión en la que le puse alimento, no tardó en salir, y por primera vez la vi al completo: era una

cucaracha de color ámbar muy brillante, cogió algo de comida y rápidamente se escondió. Fue tomando confianza, cada vez se me acercaba más. Un día subió hasta mi pie, la cogí, la tuve en mi mano y no hizo ademán de huir –esto ocurría alguna que otra vez–.

Soy amante de los animales –ya lo habrán notado–. Es un disfrute observarlos, pero eso no quiere decir que con ellos no se tengan las debidas precauciones, ya que no se sabe cuál va a ser su reacción, y más si han sido maltratados por el hombre. Hay pueblos de España que en sus fiestas tienen, como plato fuerte y muy “divertido” –claro está, divertido para algunos/as de los llamados racionales– el perseguir y lacerar al toro hasta la muerte. También están los que adiestran a perros y gallos para que se peleen a muerte. ¿Quiénes son los irracio-

nales? Los animales en general, sólo atacan cuando se encuentran en peligro o para defender a su camada, y sólo matan para alimentarse. Pero por diversión, como el hombre, jamás. Ese instinto no lo tienen desarrollado –por suerte–. Como no podía ser de otra forma, respeto a las personas a las que no les gustan los animales, pero que nunca harían daño. No saben lo que se pierden y lo que se puede aprender de ellos.

Volviendo a la historia de “mi amiga”, hacía varios días que no la veía, pensé que se había ido, pero una mañana, al regar las macetas, la encontré en la de la dama de noche, donde la vi por primera vez. Estaba boca arriba, con las patitas encogidas y muy quieta: estaba muerta. La envolví en un trocito de papel y la enterré allí mismo. En cierto modo, había sido durante un tiempo mi animalito de compañía en mis tardes de lectura. Algunas personas tomarán este relato a chanza, pero tengo el recuerdo y la experiencia de haber conocido y poder escribir sobre “mi amiga cuca”.

Pepita Barba.  
Alumna

Mirando a través de la ventana veo llover, y recuerdo con nostalgia el magnífico verano, aun muy cercano, que este año he disfrutado.

Por primera vez he conocido la playa de La Ribera que me ha parecido una playa bonita, coqueta y muy acogedora. Por la mañana bien temprano, me bajaba y tumbada en la toalla veía como lentamente la playa se iba llenando de distintas clases de gente. Temprano solían llegar unas señoras que, después de correr por la acera de la playa, se tumbaban al sol y ocupando algunas sombrillas que luego dejaban a sus amigas. Un poco más tarde, un grupo de “muchachotes” bajaban la escalera entre risas y gritos y alguna que otra broma pesada. Seguidamente llegaban las “futuras señoritas” que bajaban lentamente la escalera como si de unas vedettes se tratase, desperdigándose después por la orilla. Más tarde llegaban los niños pequeños con sus gritos, sus cubos, sus flotadores...bajo la mirada atenta de sus



madres o de sus abuelas. En este grupo de niños pequeños destaca una “niñita” que inmediatamente al llegar a la orilla estiraba su toalla, casi siempre al lado mío lo que me llenaba de alegría, pues era una niña encantadora. Una de aquellas

La niña como siempre, al llegar arriba se volvió saludando con su manita...al agua, a la arena, a las toallas...

mañanas, María que así se llamaba la niña, empezó a rascarse la cabeza, su abuela que no la perdía de vista la llamó: ¿Qué te pasa María?, me pica la cabeza abuela, la abuela le puso un gracioso gorrito y le dijo que no se rascase más. La niña volvió a la toalla y a jugar, y de reojo, de vez en cuando miraba a su abuela y

# Recuerdo de un verano



disimulando metía sus dedos entre el gorro y su cabeza, pues le seguía picando.

Yo entre tanto me reía, disimuladamente.

Al llegar su hora, la abuela llamo a María y vistiéndola se encaminaron hacia la escalera, la niña como siempre al llegar arriba se volvió saludando con su manita a todos los que estaban en la playa y oí la voz de la abuela que decía: ¿A quién saludas,

al agua, a la arena, a las toallas...y la abuela contesto: Eres más rara que un piojo verde.

¡Qué gracioso un piojo verde! Entonces me mire y dije: piojo verde no. Piojo negro como yo, y dando un gran salto me enrede en la cola de caballo de uno de aquellos chicos que iban por ahí.

No creo que vuelva más a estas playas pero me llevo un grato recuerdo y algo de sangre de algunos caballos